

Frauke Gewecke

**Saint-Domingue/Haití – Santo Domingo:
proyectos de una isla/nación *une et indivisible***

Según un decir, citado por el politólogo Karl W. Deutsch, una nación sería “a group of persons united by a common error about their ancestry and a common dislike of their neighbors” (Deutsch 1969: 3). Esta afirmación, que remite, con cierto distanciamiento irónico, al proceso de formación de las naciones europeas, se puede aplicar, guardando las debidas distancias, al caso de la República Dominicana, cuya autoimagen se sustenta, según el discurso oficial u oficialista, en un etno-nacionalismo basado en esos dos supuestos: el origen hispano –con alguna aportación del *negro* transmutado en *indio*– y la incompatibilidad con el vecino haitiano, que por su origen étnico y su cultura es concebido como sujeto antagónico, el esencialmente Otro. El *antihaitianismo*, hoy en día denunciado por un amplio sector de los mismos dominicanos, proporcionó a las élites de la segunda mitad del siglo XIX los pretextos para instaurar una política autoritaria y anexionista, invocando el peligro de invasiones haitianas inminentes; bajo Trujillo devino el principal soporte de su sistema ideológico, que desembocó en una política de la *dominicanización de la frontera* que, en 1937, culminó con la matanza de más de 10.000 haitianos. Durante decenios, una multitud de historiadores y publicistas divulgaron el tópico del *peligro haitiano*, sentimiento hondamente arraigado en los potenciales receptores de tales mensajes, como confirmaba un escolar que, requerido por su maestro para que presentara a sus condiscípulos su país, dijo: “La República Dominicana es una isla rodeada por todos sus costados de agua y de haitianos” (Théodat 2003: 27).¹

Indudablemente, los historiadores están en lo cierto cuando denuncian las “barbaridades” ocurridas durante las invasiones de un Dessalines o de Soulouque. En cambio, para la llamada “invasión” de Toussaint, en 1801, y para la época denominada “Ocupación haitia-

1 La traducción es mía. Para el discurso antihaitiano en la academia y el periodismo, principalmente durante el siglo XX, véase Heredia (2003, cap. II).

na”, efectuada por Boyer entre 1822 y 1844, dan, por lo general, una exposición e interpretación errónea, siendo el blanco preferido de las vituperaciones el “traidor” Toussaint por su “perfidia” y las “atrocidades” de su “feroz invasión”.² Según el juicio de estos historiadores, los sentimientos antihaitianos del pueblo dominicano –desde luego, según ellos, justificados– se remontarían a estos dos momentos históricos; sin embargo, los testimonios contemporáneos hablan de una realidad distinta: una realidad que corresponde a dos proyectos para forjar un Estado-nación *transcultural* uniendo las dos partes de Saint-Domingue/Santo Domingo según la divisa *île une et indivisible*.

1. Los antecedentes: dos colonias frente a los poderes hegemónicos europeos

La historia de las relaciones entre la colonia francesa de Saint-Domingue y el Santo Domingo español no fue únicamente una historia de conflictos y atropellos fronterizos; fue también la historia de una coexistencia provechosa para ambas partes, resultado de una dependencia mutua y complementariedad estructural, con beneficios –por cierto– desiguales. Saint-Domingue, cuya economía de plantación, basada en la explotación intensiva de la tierra y en la mano de obra esclava, estaba vinculada con el capital y el mercado europeo, pasó a ser la colonia más rica del mundo, como comenta Moreau de Saint-Méry en su *Description [...] de la partie française de l'isle Saint-Domingue*, “l’orgueil de la France”, “si justement enviée par toutes les Puissances” (1797, I: IV). En cambio, la parte española, despoblada a raíz de las devastaciones de 1605-1606 y reducida a la miseria, apenas había podido sobrevivir, durante el largo siglo XVII, gracias a la proliferación del ganado salvaje o cimarrón. Sin embargo, con el florecimiento de la colonia vecina, Santo Domingo pudo entablar una progresiva recuperación económica mediante el comercio transfronterizo –legal o ilegal, siempre según la coyuntura política europea–, abasteciendo a Saint-Domingue de ganado vacuno y caballar a trueque de mercancías difíciles de conseguir (salvo a través del corso); entre otras

2 Se citan sólo algunos de los anatemas lanzados contra Toussaint, que el renombrado historiador Emilio Rodríguez Demorizi inserta en notas al pie de página, completamente superfluas, de sus –por lo demás muy útiles– colecciones de documentos; aquí, Rodríguez Demorizi (1958: 518, 527).

mercancías: telas, herramientas y esclavos, siendo estos últimos, los “negros de mala entrada”, algo así como moneda corriente en los territorios fronterizos.³

Según el testimonio coetáneo de Antonio Sánchez Valverde, mediante esa división de trabajo “se nos abrió una puerta utilísima, por donde sacar lo que sobraba y traer tanto como faltaba a los Vecinos”, siendo una “de las especies que tomaban los nuestros por precio de sus animales [...] *Negros* que hacían tanta falta” (Sánchez Valverde 1988: 213-214). En cuanto “subcolonia (en sentido económico), de la colonia francesa” (Cassá 1987: 114), durante la segunda mitad del siglo XVIII, el Santo Domingo español experimentó un crecimiento demográfico superior al de su vecino francés, lo que permitió una diversificación de sus actividades económicas más allá de la cría en los hatos ganaderos, lo que trajo consigo una mayor diferenciación social e ideológica. Dominaba, por cierto, hasta bien entrado el siglo XIX, la sociedad hatera, caracterizada por relaciones sociales de tipo feudal y patriarcal, y una visión del mundo profundamente enraizada en el catolicismo y los valores hispánicos (Cassá 1987: 129ss.; Vicioso 1983). En la banda del Sur resurgió la industria azucarera,⁴ que afianzó el peso económico y social de la ciudad de Santo Domingo como centro político-militar, mientras que el Norte, con su centro en Santiago de los Caballeros, donde florecía el cultivo del tabaco, se caracterizaba por una

3 En su *Description [...] de la partie espagnole de l'isle Saint-Domingue*, Moreau de Saint-Méry destaca “à quel état de médiocrité & de décadence est réduite la colonie espagnole, qui serait nulle, à bien dire, sans son commerce d'animaux avec les français [...]” (Moreau de Saint-Méry 1796, I: 78). Describe con profusión de detalles y datos, pero con poca simpatía para con los “españoles”, la vida miserable en los hatos ganaderos y la envergadura del comercio transfronterizo (p.ej., pp. 67-78 y 138-167), sintetizando su juicio acerca de los colonos en las dos partes de la isla de esta manera: “Les espagnols possèdent [...] la plus grande & la plus fertile partie de cette île, & l'on a bientôt comparé leur génie, à celui des français, lorsqu'on sait que cette possession ne leur est d'aucune utilité, tandis que la portion française fournit à elle seule les trois cinquièmes du produit de toutes les colonies françaises de l'Amérique: produit qui s'élève annuellement à 250 millions tournois” (Moreau de Saint-Méry 1796, I: 45).

4 Sánchez Valverde, quien en su libro *Idea del valor de la Isla Española y utilidades que de ella puede sacar su Monarquía* (1785) desarrolló todo un proyecto de reestructuración económica de Santo Domingo, propuso justamente el fomento de la producción azucarera juzgando “absolutamente necesaria la multiplicación de los [*Africanos*], si queremos ponernos en paralelo de producciones con los Franceses” (Sánchez Valverde 1988: 257).

dinámica propia, muy pendiente de los contactos comerciales (y de contrabando) con el vecino.

Tal como en Saint-Domingue, la economía del Santo Domingo español estaba basada en el trabajo de esclavos, no equivaliendo, por cierto, el régimen esclavista de la sociedad hatera a la explotación intensiva y despiadada en las plantaciones azucareras de la colonia vecina. La historiografía dominicana tradicional se ha empeñado en difundir la “leyenda blanca” de una esclavitud “paternalista” y hasta “benigna” (Sagás 2000: 141), propagando al mismo tiempo el mito de la igualdad racial (Heredia 2003: 19ss.) como consecuencia del mestizaje favorecido por la convivencia de amos y esclavos en los hatos aislados y autosuficientes. Bien es verdad que en Santo Domingo el régimen esclavista preveía facilidades para la manumisión que –amén de poder ser una concesión del amo para con un esclavo particularmente aplicado y dócil⁵– permitía la compra de la libertad también contra la voluntad del amo, mediante los ahorros que podía juntar un esclavo con las ganancias propias conseguidas cuando su amo, lo que era frecuente, lo arrendaba a otro.⁶ En vísperas de la Revolución francesa, la parte española de la isla contaba con una población de entre 100.000 y 125.000 habitantes, de los cuales unos 25.000 eran esclavos, 40.000 libertos, tanto negros como mulatos, y el resto, como dice

5 Compárese a ese respecto el juicio de Sánchez Valverde, que amén de ser el autor del primer trabajo histórico de las letras dominicanas, fue cura: “Un principio de religión mal entendido, que consiste en favorecer por todos modos y sin algún discernimiento la libertad de los Esclavos, nos ha conducido y conduce a otro perniciosísimo abuso, que han coartado los *Franceses* racionalmente. Entre nosotros pasa por un acto de piedad dar o legar la libertad a los Esclavos. Lo es, con efecto, en algunas ocasiones, pero generalmente es un acto de irreligión, de impiedad y pecaminoso gravemente. [...] Otórganse o se legan regularmente estas libertades por viejos y viejas infatuados, dirigidos de Confesores menos expertos, dexando muchos parientes en la indigencia y unos libertos y libertas holgazanes, desarreglados y que han de subsistir casi necesariamente de la iniquidad, hecho que, muy lejos de ser piedad, es un escándalo notorio que debe estorbar la legislación civil y la Eclesiástica, porque la franqueza de dar estas libertades, multiplicando infinitamente los pecados, llena los Pueblos de ladrones, prostitutas y fautores de los vicios, quitándole las manos más útiles para el trabajo [...]” (Sánchez Valverde 1988: 253-254).

6 Véanse las disposiciones correspondientes (cap. 19-21) en el *Código Negro Carolino*, de 1784, el cual no llegó a ser vigente debido a la resistencia de los colonos de Santo Domingo, pero que retomó ordenanzas anteriores (Malagón Barceló 1974).

Roberto Cassá, “individuos libres reputados como blancos a pesar de que quizás la mayoría eran mulatos” (Cassá 1987: 126).⁷ Existía toda una nomenclatura para clasificar al individuo según el fenotipo o la cuota de sangre “blanca” que “mejoraba la raza”; y a un negro propietario de un pedacito de tierra le estaba permitido tenerse por “blanco de la tierra”.⁸ Pero para los libertos, negros y mulatos, seguían existiendo imposiciones y restricciones que los privaban ya no de la libertad, pero sí de la igualdad, excluyéndolos en gran parte de la vida pública. Cuán importante era el aspecto de la igualdad de derechos, tanto para los esclavos que anhelaban ser liberados como para los mismos libertos, debía hacerse manifiesto cuando el Santo Domingo español entró en el torbellino de los sucesos revolucionarios, que iban a arrastrar los fundamentos mismos de la colonia vecina de Saint-Domingue.

En los primeros momentos de la insurrección de los esclavos, el gobernador de Santo Domingo, Joaquín García, quiso permanecer neutral, intentando instalar un *cordon sanitaire* para impedir la circulación de personas e informaciones.⁹ Pero los eventos europeos debían

7 Para la parte francesa y el mismo momento histórico, Cassá indica como población total cerca de 600.000 habitantes, cifra que se compone de unos 35.000 blancos, 23.000 libres de color y algo menos de 430.000 esclavos (Cassá 1987: 125). Para la situación de los esclavos y libertos en el Santo Domingo español en el contexto global de la situación económica véanse, ante todo, Cassá (1987: 113ss.); Franco (1984); Deive (1980); Silié (1976); Larrazábal Blanco (1975).

8 En el *Código Negro Carolino* se determinó lo siguiente: “Formarán la primera clase de estos individuos los *negros libres y esclavos* y la segunda entre éstos y los ingenuos, los pardos o mulatos bajo cuyo nombre genérico deben, sin embargo, distinguirse los *primerizos y tercerones de los cuarterones y mestizos* con sus hijos para los efectos civiles y políticos [...] como conducentes para establecer el orden público y la policía conveniente y acomodada a la constitución de la Isla Española” (Malagón Barceló 1974: 168). Pero existió una clasificación mucho más elaborada, la cual sigue existiendo, como demostró Daysi Josefina Guzmán (1974) a través de una serie de entrevistas realizadas en Santiago de los Caballeros a comienzos de los años setenta del siglo pasado, llegando a la caracterización de 22 términos raciales, entre ellos unos tan insólitos como “papujo”, “jabao”, “pinto”, “albino” y, para el término de “indio”, a la diferenciación entre indio “lavado”, “claro”, “canelo” y “quemao”.

9 Sin embargo, con ocasión de la entrega de los mulatos Ogé y Chavannes refugiados en la parte española, a la Asamblea del Norte, el gobernador García dio muestras de que no era neutral, alineándose, como opina Carlos Esteban Deive, “política e ideológicamente, junto a los grandes propietarios franceses” (Deive 1984: 71). José Gabriel García se muestra aún más duro con el gobernador, quien se habría sometido al fallo correspondiente de la Audiencia “de mil amores”. Y García continúa: “El efecto producido por este hecho [el ahorcamiento de Ogé y

cambiar el rumbo de la política colonial, ya que la proclamación de la República en septiembre de 1792 y la ejecución de Louis XVI en enero del año siguiente provocaron la entrada de España en la primera guerra de coalición contra la República, y con ello el fin del Pacto de Familia entre Francia y la España borbónica. Un mes después, sin que se hubiera ya declarado la guerra entre ambas naciones, el Gobierno de Madrid le dio instrucciones al gobernador García para que ganara a los “brigantes” o esclavos insurrectos, “para que hostilicen a la Tropa y habitantes de la Parte francesa adictos a la nueva Constitución hasta lograr su total exterminio y reunirla a mayor Corona”, ofreciéndoles la libertad y “protección” del rey español (Carrera Montero 2004: 54). García supo atraerse a Biassou, Jean-François y Toussaint, facilitándoles armas y municiones, y agasajándoles con altos cargos militares, además de vistosos uniformes y condecoraciones.¹⁰ Y bajo el mando de ellos, los *negros auxiliares* invadieron con éxito gran parte del Santo Domingo francés, luchando en nombre de Su Majestad Católica contra la República atea y regicida.¹¹

Chavannes en febrero de 1791] en Francia, fué igual al que produjo en España. En ambas naciones condenó la opinión ilustrada el proceder del brigadier don Joaquin García, que si bien tuvo el honor de verse condecorado por el rei de los franceses, Luis XVI, con la cruz de San Luis, á Peticion de la Asamblea del Norte, que con algo debia recompensarle, pasó por la dura pena de que don Carlos IV desaprobaba [...] su conducta [...]” (García 1982: I, 228-229). Para la actitud del gobernador y sus temores frente a una posible contaminación de los mulatos en su propio territorio, véase Carrera Montero (2004: 26-32).

- 10 Existe un curioso documento con el que el gobernador García acompañaba la entrega de la “medalla de oro” a Jean-François, y que incluyó en una carta al primer ministro Godoy, de febrero de 1794, donde explicaba que ese documento servía para que “los inspire gratitud y constancia y que comprehendan del modo que seran premiados [si] continuan con la subordinacion que espero” (Incháustegui 1957, I: 43). Por la misma época, el regente de la Audiencia de Santo Domingo redactó por encargo del gobernador un acta de 37 folios, la cual patentiza que la posesión de los territorios reconquistados en el Oeste era considerada definitiva; el documento se intitula “Reglamento. Para el buen Gobierno, subordinacion politica, Civil y Christiana, Comercio y Real Hazienda de las partes conquistadas en la Colonia francesa [...]” (Incháustegui 1957, I: 18-42).

- 11 Son reveladores, para la comprensión de la actitud de los *negros auxiliares*, los testimonios coetáneos, por cierto parciales, de altos funcionarios militares franceses republicanos: “[...] les Africains [sont] naturellement portés à l’idolâtrie monarchique et plus frappés du nom d’un Roi et de l’éclat du Trône que de la majesté d’une République à l’idée de laquelle ils sont pour la plupart incapables de s’élever” (General Kerverseau en Cauna 2004: 163); “Selon [nos esclaves] nous ne sommes qu’une nation d’incendiaires, d’assassins et de régicides. Nous avons,

La abolición de la esclavitud, proclamada sin respaldo de la metrópoli por los comisionados Sonthonax en agosto de 1793 (para el Norte) y Polverel al mes siguiente (para el Oeste y el Sur), no parece haber impresionado a los jefes de los *negros auxiliares* al servicio de la Monarquía española. Fue necesaria la ratificación por parte de la Convención en febrero de 1794, para que causara efecto en algunos de ellos. Uno de éstos fue Toussaint, quien por su disposición y talento militar había logrado formar una tropa disciplinada y quien, desconfiando de la sinceridad de los españoles, en cuyas colonias la esclavitud seguía vigente, ya había tanteado al gobernador de la parte francesa, Laveaux, acerca de un posible cambio de partido (Bénot 1988: 180-181). En mayo de 1794, Toussaint desertó del campo monárquico español, junto con su tropa de unos 4.000 soldados, para abrazar la causa de la República y emprendió una campaña exitosa para desalojar del territorio de Saint-Domingue a los invasores foráneos, tanto españoles como ingleses. Gran Bretaña, afanosa de extender su dominio colonial y aprovechando el vacío de poder (hegemónico) en la región, debería en adelante centrar sus ambiciones en la parte española, cortejando o conminando a sus habitantes para que se sumaran al poderoso Imperio Británico. España, en cambio, obligada por Francia a firmar, en julio de 1795, la Paz de Basilea, sencillamente y sin pesar ni lástima, se despojó de su Primada de América, cediéndola a Francia a cambio de los territorios conquistados por los franceses en la Península.¹² Para la colonia, cuyos vecinos conocieron la novedad en octubre con verdadero estupor, debía comenzar un ciclo de su historia que,

disent-ils, détrôné notre Roi et renié notre Dieu” (Marquis de Rouvray en Yacou 2007b: 181); y, finalmente, el general Pamphile de Lacroix: “Le fanatisme religieux se joignait chez [l’Espagne] au fanatisme politique pour captiver les révoltés; l’un et l’autre entretenaient leur égarement, et leur représentaient sans cesse les Français comme des régicides sans foi, ni loi, ni religion” (Lacroix 1995: 170).

- 12 En este contexto se suele citar el juicio de Godoy, primer ministro de Carlos IV, llamado “Príncipe de la Paz” por su negociación de la Paz de Basilea, quien en sus *Memorias* calificó la colonia de “tierra ya de maldición para los blancos, y verdadero cáncer agarrado a las entrañas de cualquiera que fuese su dueño en adelante” (Godoy 1956, I: 110). Menos conocidas –y tal vez no muy formales– son sus aseveraciones de que Francia no estaba muy interesada en hacerse de la parte española de Santo Domingo, resultando la cesión del hecho fortuito de no haber llegado a tiempo unas instrucciones secretas mandadas al respecto (Godoy 1956, I: 110).

a pesar de los desengaños y frustraciones sufridos, abrió la perspectiva de seguir, después del abandono de la Madre Patria, un nuevo derrotero, pero que estaba también marcado por dudas y vacilaciones en cuanto a su *nacionalidad*, sentidas con angustia, como la que se manifiesta en esa conocida quintilla compuesta por un coetáneo de los sucesos referidos:

Ayer español nací,
a la tarde fui francés,
a la noche etíope fui,
hoy dicen que soy inglés:
no sé que será de mí (Rodríguez Demorizi 1973: 17).¹³

2. La cesión a Francia y el Estado autonómico de Toussaint Louverture

El tratado de Basilea no especificaba ni las modalidades ni la fecha de entrega de la colonia; sólo determinaba que “los Habitantes que por sus intereses u otros motivos prefieran transferirse con sus bienes a las posesiones de Su Majestad Católica, podrán hacerlo en el espacio de un año, contado desde la fecha de este Tratado”, y que “las plazas, puertos y establecimientos” ocupados por las tropas españolas deberían ser entregados a las tropas francesas “cuando se presenten a tomar posesión [de la colonia]” (Godoy 1956, I: 107). Pero Francia, cuyo ejército estaba atareado en diversos frentes en Europa, no disponía de tropas que pudieran ser enviadas para poner en ejecución el tratado. Y con la Convención sustituida por el Directorio se retrocedía ante la posibilidad –tampoco deseada por los españoles– de llevar a efecto la

13 Aquí, como en todas las citas, no se señalan las faltas o incongruencias ortográficas. Para los rarísimos testimonios literarios de la época véase la *Historia de la poesía hispano-americana* de Menéndez Pelayo, quien cita, para el “acto odioso e impolítico de la cesión de la parte española de la isla”, unos ovillejos “muy malos, pero muy patrióticos”, intitulados “Lamentos de la isla Española de Santo Domingo”; cito aquí sólo algunas líneas: “¿Cuándo pensé ver mi grey/ Sin rey?/ ¿Cuándo mi leal y fiel porte/ Sin norte?/ ¿Y cuándo ¡oh pena feroz!/ Sin Dios?/ Lloro yo mi suerte *atroz*./ Pues que veo en un instante/ A la que era tan amante/ Sin rey, sin norte y sin *Dios*. [...] La primera en Indias que/ Fe/ Tuve; y con igual privanza/ Esperanza/ En mi Dios, y en realidad/ Caridad;/ Y ahora, Igualdad, Libertad,/ Y Fraternidad profana,/ Me dan por la soberana/ Fe, Esperanza y Caridad” (Menéndez Pelayo 1948: 298-299).

entrega mediante la intervención de los negros de Saint-Domingue,¹⁴ de modo que, por de pronto, Francia se contentó con mandar a Santo Domingo a un agente provisional, con el cometido de ganar a los “nuevos franceses” para la República.¹⁵

A los criollos se les presentaban, ante todo, dos problemas. Por un lado no había medios suficientes para evacuar los funcionarios, las tropas y todos los particulares que en un primer momento deseaban emigrar, de manera que se pedía insistentemente una prórroga del

14 El gobernador García, quien no había vacilado en servirse de sus “negros auxiliares” cuando le eran útiles –cosa que le recuerda con notoria fruición el agente del gobierno francés: “si yo estoy bien instruido, os haveis hallado diferentes veces en la necesidad de emplear tropas africanas, por consiguiente, la cosa no devia parecer una novedad en el país” (Rodríguez Demorizi 1958: 131-132)– no cesaba de protestar ante Godoy contra la posibilidad de una entrega de la colonia en manos de los “brigantes” negros, prefiriendo a los “Brigantes de Europa”, que no juzgaba de “mejor moral y conducta”, pero que “no serán enemigos del Color” (Rodríguez Demorizi 1958: 27-28). Además, se le presentaba el problema de qué hacer con la numerosa tropa de Jean-François y Biassou, quienes habían permanecido fieles a la Corona española y que ahora exigían ser puestos a salvo, Jean-François preferentemente en Cuba. A lo que se opuso de modo tajante el Cabildo de La Habana, ya que temía “funestísimas consecuencias” ante los preparativos por parte de “algunos negros” en la isla para celebrar su recibimiento (Rodríguez Demorizi 1958: 74-75). Con todavía mayor aprensión se dirigió el gobernador de La Habana a Godoy, temiendo “la impresion o tal vez fermentación que causaria en el populacho y gente de color la presencia de Juan Francisco, condecorado con la faja que sirve de insignia a los Oficiales Generales del Exército y Armado del Rey, con gran sequito de sus Generales y Brigadieres Subalternos, revestidos de las insignias correspondientes a las graduaciones que él ha dado, deslumbrando con un fausto asombro de magnifico coche de seis caballos, gran tren de casa, mesa &a. muy superior al que ha visto jamás este publico en el Gefey y cabeza principal de la Isla, ni demas personas de estas regiones, poner a la vista de un Pueblo en que es tan grande el numero de esclavos un objeto de esta naturaleza, cuyo nombre resuena en los oidos del populacho como un heroe invencible, redentor de los esclavos [...]” (Incháustegui 1957, I: 105).

15 Las *Instrucciones* que recibió el agente Roume del Directorio se refieren de modo expreso a la cuestión obviamente sensible de la religión: “[...] se apresurará el Encargado frances a comunicar inmediatamente despues de su llegada a la Isla, con los habitantes españoles y se valdrá de todos los medios posibles de persuasion para desimpresionar a aquellos ciudadanos de las falsas ideas que hayan podido imprimirseles de la Revolucion francesa y disipar en su espiritu quantos celos se les haya inspirado acerca del libre exercicio de su religion [...] probando con su exemplo que el Christianismo no es incompatible con las republicas libres e ilustradas [...]” (Rodríguez Demorizi 1958: 32). El documento, que fue traducido por encargo de la Audiencia de Caracas, se encuentra en Incháustegui (1957, I: 207-212).

plazo señalado. Por otro lado –y éste era un asunto de la mayor gravedad– se discrepaba en cómo se debía tratar a los esclavos, que, según los representantes de la nueva metrópoli, disfrutaban de la misma libertad de la que ostentaban los negros en la parte occidental de la isla. Ante la intransigencia de los españoles, que se remitían al hecho de que la entrega aún no se había efectuado y que por lo tanto no regía todavía la “Ley de los franceses”, hubo –como se desprende de la correspondencia del gobernador– muchos esclavos que huyeron hacia el Oeste, además de “trastornos” o insurrecciones principalmente en los ingenios.¹⁶ A través de esa correspondencia se ve también con claridad cuánto peso económico tenían para los criollos de Santo Domingo sus esclavos, siendo (como subraya el gobernador de varias maneras) la esclavitud para ellos su “más útil y benefico caudal en el día” y los esclavos su “mayor riqueza” (Rodríguez Demorizi 1958: 26, 61). De ahí que aquellos que se aprestaban a emigrar se aprestaban también a embarcar a sus esclavos, lo que provocó, desde el principio, la protesta enérgica del gobernador Laveaux¹⁷ y sirvió de pretexto a Toussaint Louverture para, finalmente, poner en ejecución el tratado

16 La rebelión de mayor envergadura de la que se tiene noticia es la que se fraguó, a finales de octubre de 1796, en el ingenio de Boca de Nigua, cerca de la capital, con unos 200 esclavos implicados, pero obviamente planificada con miras hacia una rebelión generalizada; como escribió el gobernador García a Godoy, para “entablar un Gobierno como el del Guarico y demas de la Parte francesa” (Incháustegui 1957, I: 333). Los conspirados fueron traicionados; y el castigo público fue tan horrendo que, como relató el gobernador, “a no tomar unas providencias capaces de contener tanto negro así libre como esclavo y tanto extrangero adherido a la libertad y ala Igualdad [...] podíamos haber experimentado una commocion de aquella de que ha sido teatro la Isla en su vecindad [...]” (Incháustegui 1957, I: 335).

17 Laveaux, en su carta a García de noviembre de 1795, argumentando en cuanto “verdadero Republicano” y refiriéndose a aquel párrafo del tratado, donde se dice que los “habitantes de la parte de Santo Domingo” pueden salir “con sus bienes” si quieren, le explica: “Quien dice *habitantes* dice todo hombre qualquiera, de cualquiera, de qualquiera color que sea. La nacion francesa no conoce Esclavos ni conoce sino hombres, luego vuestros pretendidos esclavos hallandose sobre el suelo concedido a la Republica francesa, han adquirido la Livertad [...] El cuerpo de hombre no es mirado como propiedad, como un bien perteneciente a otro hombre: nuestra constitucion sería vulnerada si tubieseis la pretension de querer llevar los hombres como propiedad, como vuestros bienes” (Rodríguez Demorizi 1958: 18-19).

de Basilea, tomando posesión él, en nombre de la República francesa, del Santo Domingo español.¹⁸

Al inicio del nuevo siglo, vencidos los ingleses y reducidos los mulatos del Sur, Toussaint, ahora *gouverneur y général en chef* de Saint-Domingue, se encontraba en la cima de su poder, y gracias a sus medidas políticas y económicas eficaces, aunque no todas populares, la antigua colonia pacificada estaba en vías de recuperarse de los estragos sufridos. Realizar la unificación de las dos partes de la isla significaba, para Toussaint, fortalecer su propia posición político-militar; y el contrarrestar el vacío de poder reinante en la parte oriental suponía una medida estratégica imprescindible y urgente ante la posibilidad de que Bonaparte, Primer Cónsul desde el golpe de Estado del 18 *brumaire*, intentara una invasión para revocar las conquistas obtenidas gracias a la Revolución. A comienzos de enero de 1801 Toussaint entró en el territorio del Santo Domingo (antes) español, con un ejército de unos 20.000 hombres,¹⁹ encontrando en las tropas españo-

18 Días después de haber hecho efectiva la entrega Toussaint insistió, frente al gobernador García, de que impidiera enérgicamente las “sacas [de esclavos que] se han continuado hasta hoy de tal suerte que puede decirse que son la causa primera de la toma de posesión que acabo de hacer en nombre de la republica Francesa”; y añade que esas sacas son tanto más perjudiciales para las dos Naciones que se trata de “hombres consagrados a los trabajos de la cultura” (Rodríguez Demorizi 1958: 624).

19 El hecho de que Toussaint fuera acompañado por una tropa tan numerosa ha sido denunciado por la historiografía dominicana tradicional como prueba de que no llegaba con intenciones pacíficas, sino como invasor. Hay que subrayar, sin embargo, que antes de la “invasión” Toussaint había mandado, para efectuar la entrega, a un agente suyo, el general Agé, sin acompañamiento militar ninguno, y que los vecinos de la ciudad de Santo Domingo se le habían opuesto de tal manera que Agé tuvo que salir de la ciudad precipitadamente y con peligro de ser materialmente agredido. Compárense al respecto las relaciones coetáneas de Tejada (Monte y Tejada 1953, III: 208ss.) y Lacroix (1995: 250ss.), así como la carta del propio gobernador García al entonces primer secretario Urquijo, de mayo de 1800 (Rodríguez Demorizi 1958: 531-535). Otro cargo formulado contra Toussaint afecta la legitimidad de su acción: Roume, entonces agente del Directorio en la parte francesa, había revocado su anterior decreto con el que se encargaba a Toussaint la toma de posesión del Santo Domingo (antes) español, revocación que Toussaint afirmaba no haber recibido nunca. Véanse al respecto las cartas intercambiadas entre Roume y el gobernador García (Rodríguez Demorizi 1958: 560-571), la de Toussaint al Cabildo de Santo Domingo (Rodríguez Demorizi 1958: 586-587), y la exposición acerca de las relaciones entre Roume y Toussaint, muy crítica para con el último, del historiador haitiano Thomas Madiou (1989, II: 39-43; 98-100).

las, que en su mayoría eran gente de color, muy poca resistencia; como relató el general Kerverseau, quien tomó parte en la campaña: “nous étions instruits que [cette troupe] marchait à contre-cœur, qu’elle désirait le triomphe de Toussaint” (Kerverseau 1939, II: 6, 214). Negociada la entrega con el gobernador García, Toussaint entró en la ciudad de Santo Domingo el día 26, recibido con los debidos honores y –cosa que los españoles ciertamente no esperaban de un republicano francés– invitando a la Catedral para celebrar un *Te Deum*.

Las primeras medidas tomadas por Toussaint estaban encaminadas a alterar de forma radical las estructuras económicas y sociales de la colonia antes española: abolición efectiva de la esclavitud, que en aquel momento afectaba a unas 24.000 personas;²⁰ derogación de cargas impositivas para los campesinos tributarios de hacendados o autoridades eclesiásticas; una reforma agraria, principalmente en detrimento de la Iglesia, de la que se beneficiaron en primer lugar los ex esclavos; y disposiciones para hacer realidad la igualdad de derechos para toda la gente de color, lo que implicaba también el acceso a altos cargos y grados en la administración y el ejército.²¹ Pero Toussaint no supo ganarse únicamente el apoyo de las clases populares; supo granjearse también a los grandes propietarios y la ascendente clase media comercial a través de disposiciones como la implantación del Código Rural y la reducción masiva de la tarifa de exportación, disposiciones que debían encauzar la producción agraria y la exportación, principalmente a Inglaterra y Norteamérica.

20 “Memoria descriptiva de la parte española de Santo Domingo [...] por Mr. Pedron, Ex Ordenador de Santo Domingo (1800)”, Rodríguez Demorizi (1955b: 190).

21 Las posibles consecuencias de la libertad e igualdad decretadas son reflejadas en una *Memoria* que escribió Gaspar de Arredondo y Pichardo, miembro de la clase dominante, antes de que emigrara, en 1805; dice: “En el tránsito de un gobierno a otro [el de Toussaint], sufrimos los naturales toda clase de insultos, salvando los peligros que teníamos encima [...], pues durante su gobierno fuimos vejados de todos modos y nivelados con nuestros mismos esclavos en el servicio de las armas, y en todos los actos públicos. En un baile que dieron para celebrar la entrada de Moyse, antes de la venida de la armada francesa, se me hizo la gran distinción por el bastonero de sacarme a bailar con una negrita esclava de mi casa, que era una de las señoritas principales del baile porque era bonita, y no tuvo otro título ni otro precio para ganar su libertad, que la entrada de los negros en el país con las armas de la violencia” (Rodríguez Demorizi 1955a: 132).

Privilegiando el fomento de la producción agro-industrial y la extensión del sistema de plantaciones, el Código Rural fue un instrumento disciplinario para imponer el trabajo obligatorio e impedir lo que se incriminaba –y castigaba– como vagancia; de ahí que el entusiasmo inicial de los ex esclavos pudo muy bien haber menguado. Sin embargo, se beneficiaron también ellos de los avances en materia de infraestructura, que se lograron en tan sólo un año, y del auge económico sin precedente que esta parte de la isla estaba experimentando, “todo lo cual”, dice el historiador Antonio del Monte y Tejada (quien fuera testigo de los hechos sin aprobar lo que pasaba), “atestigua las excelentes dotes de mando y superior inteligencia de Toussaint” (Monte y Tejada 1953, III: 214). Así, no debe extrañar que en el camino de vuelta a Port Républicain, el antiguo Port au Prince, Toussaint fuera “colmado de las bendiciones de los dominicanos, sensibles entonces a sus beneficios” (según palabras de un historiador algo posterior a los acontecimientos)²² y que a su regreso a la ciudad de Santo Domingo, un año después de su primera entrada, fuera recibido con honores tales (según una vecina que fue testigo ocular) “que sólo faltó recibirlo debajo del Palio, porque según entiendo, a nuestro monarca no se le hubiera hecho más”.²³

22 Alejandro Llenas (Rodríguez Demorizi 1955a: 187-188), juicio avalado por Madiou (1989, II: 106-107).

23 “Relación dirigida por Doña Francisca Valerio al Presbítero Doctor Don Francisco González y Carrasco, residente en Santiago de Cuba [1802]” (Rodríguez Demorizi 1955a: 71). Compárese también la descripción de los acontecimientos en el *Compendio de la Historia de Santo Domingo* ([1867] ⁵1982: 292ss.), de José Gabriel García, quien reproduce, a veces textualmente, la relación de Francisca Valerio y quien confirma lo que ya se desprende de las fechas contenidas en la misma relación: se refiere a la segunda entrada de Toussaint en la ciudad de Santo Domingo, a comienzos de 1802 y no a la primera, en 1801, como afirma Rodríguez Demorizi, para luego añadir en una nota a pie de página, totalmente fuera de lugar: “Alude a las formalidades oficiales de la entrega de la ciudad a Toussaint, y al pánico que infundía su presencia. De no proceder así, la inerme población habría sido degollada, cosa que se proponía el bárbaro invasor”. Para la valoración de la actuación de Toussaint en el Santo Domingo antes español véanse también los juicios sumamente positivos del general francés Pamphile de Lacroix (1995: 258ss.), quien participó en la expedición de Leclerc, del historiador Del Monte y Tejada, quien conoció personalmente a Toussaint (Monte y Tejada 1953, III: 213-215) así como, entre los historiadores dominicanos modernos, Cordero Michel (2007a).

Para Toussaint, el proyecto de unificación de Saint-Domingue no implicaba sólo un desarrollo económico parejo; anhelaba amén de eso la integración administrativa y social de las dos partes, y para que ese proceso quedara irreversible hizo promulgar, en julio de 1801, una Constitución, en cuya elaboración participaban, en un plano de igualdad, representantes de la antigua parte española. El primer título comprendía su concepción geopolítica y autonómica, estableciendo que “Saint-Domingue dans toute son étendue”, junto con las islas adyacentes, “forment le territoire d’une seule colonie, qui fait partie de l’Empire français, mais qui est soumis à des lois particulières”. En el segundo título se estipulaban los principios de la *citoyenneté*, según la Constitución francesa de 1795, aboliendo “à jamais” la esclavitud y haciendo constar, para todo el territorio, “[que] tous les hommes y naissent, vivent et meurent libres et Français” y que “[l]a loi est la même pour tous, soit qu’elle punisse, soit qu’elle protège” (Moïse 2001: 72). Hasta aquí lo que se podía esperar de una Constitución republicana, revolucionaria, que instauraba para la parte antes española la llamada “Ley de los Franceses”. Una sorpresa, nada desagradable, habrá sido para los españoles, en cambio, el tercer título, que no se avenía con la reputación que tenían los franceses republicanos de ser unos ateos obstinados, ya que decía: “La religion catholique, apostolique et romaine y est la seule publiquement professée” (Moïse 2001: 73).

Como explicó el presidente de la Asamblea Constituyente en su discurso, pronunciado al presentar la Constitución en un acto público solemne, en presencia del mismo Toussaint, dicha Constitución se debía (entre otros motivos) a su utilidad “de cimenter l’union de la ci-devant partie espagnole avec l’ancienne partie française” (Moïse 2001: 69). Pero Toussaint no tuvo la suerte de poner a prueba la viabilidad de su proyecto de unión,²⁴ ya que Napoleón no se dejó engañar con respecto a las ambiciones e intenciones independentistas de Toussaint, quien se había asignado el cargo de *président à vie*, con el derecho de nombrar su sucesor, prerrogativa absolutamente común en aquella época y que el mismo Napoleón se asignaría poco después, no

24 Para la cuestión de la viabilidad del proceso unificador véase Mir (1973: 162ss.), quien aporta, para fundamentar su propio juicio afirmativo, diversos testimonios coetáneos.

obstante óbice para su propio proyecto colonial que suponía el restablecimiento de la esclavitud. Los acontecimientos que siguieron son bien conocidos: invasión bajo el mando de Leclerc, primeros triunfos con un Toussaint aventado y deportado a Francia; luego, el desastre para las tropas francesas y la lucha final de Dessalines para conseguir la independencia de Haití. Como escribe Robin Blackburn en su historia de los movimientos abolicionistas, “part of the grandeur of the great Revolution in St Domingue/Haiti is that it successfully defended the gains of the French Revolution against France itself” (Blackburn 1988: 259). Nada parece ser más oportuno, en ese contexto, que alegar la frase final de la proclamación que acompañó la Constitución decretada por Napoleón en diciembre de 1799, la cual ya no contenía la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano: “Citoyens, la Révolution est fixée aux principes qui l’ont commencée: elle est finie” (Godechot 1970: 162).²⁵

3. La (re)unificación bajo Boyer: del pacto antiesclavista al exclusivismo *negrista*

Para la *ci-devant partie espagnole* de Saint-Domingue, donde la toma de posesión de Toussaint había sido declarada nula y sin efecto, el final de la Revolución francesa decretado por Napoleón significó el retorno a la esclavitud,²⁶ ya que Dessalines, al declarar la independen-

25 En su exilio ya definitivo en la isla de Santa Helena, Napoleón debía dolerse de la campaña de Saint-Domingue, diciendo: “C’était une grande faute que d’avoir voulu la [cette colonie] soumettre par la force; je devais me contenter de la gouverner par l’intermédiaire de Toussaint” (Las Cases 1961: 800).

26 En las instrucciones que recibió Leclerc de Napoleón se dice: “Si le but politique de la partie française de Saint-Domingue doit être de désarmer les noirs et de les rendre cultivateurs, mais libres, on doit dans la partie espagnole les désarmer également, mais les remettre en esclavage. On doit reprendre possession de cette partie, la prise de possession de Toussaint étant nulle et non avenue” (Roussier 1937: 272). Para el proyecto del restablecimiento de la esclavitud también en la parte occidental, véase esta cita de una carta de Leclerc (25-8-1802) al ministro de la Marina, posterior a su llegada a Santo Domingo: “Ne pensez pas à rétablir l’esclavage ici avant quelque temps; je crois pouvoir tout faire pour que mon successeur n’ait plus que l’arrêté du Gouvernement à faire exécuter, mais après les proclamations sans nombre que j’ai faites ici pour assurer aux noirs leur liberté, je ne veux pas être en contradiction avec moi-même. Mais assurez le Premier Consul que mon successeur trouvera tout disposé” (Roussier 1937: 219; la carta es cifrada, la traducción se da en una nota a pie de página). Por la ley del 20 de mayo de 1802 (*30 floréal an X*), relativa al régimen de las colonias, se establece,

cia de la parte *ci-devant française*, se conformó por de pronto con el parecer de los franceses que la rendición de sus tropas no era válida para el Este, y no ocupó de inmediato aquella parte.²⁷ El gobernador Louis Ferrand, a su vez, compartió la ilusión de Napoleón de poder desandar lo andado y poder invalidar, a plazo largo, también la Revolución haitiana, reconquistando la ex colonia para Francia. En el ínterin decretaba la caza de esclavos en “el territorio ocupado por los sublevados”, disponiendo que el que los capturara podía, “según su gusto, o dejar[los] en sus plantaciones o venderlos” (Rodríguez Demorizi 1955a: 102). Reaccionando al instante, Dessalines invadió la parte oriental con una tropa de 20.000 hombres, pero desistió de tomar por asalto la ciudad de Santo Domingo, volviendo con su ejército al Occidente para afrontar la amenaza de una invasión por parte de unos navíos franceses, que había entrevisto y que erróneamente creía destinados a tal empeño.

En su campaña de febrero-marzo de 1805, Dessalines empleó la táctica de la tierra quemada, devastando el territorio por donde pasaba y matando indiscriminadamente a soldados y civiles. En una “Alocución al pueblo” que hizo pública a su regreso, se refirió expresamente al decreto de Ferrand, justificando su propio rigor y explicando que obraba de justo título: “[...] resolví ir a apoderarme de la porción integrante de mis Estados y borrar allí hasta los últimos vestigios del ídolo

finalmente, que tanto la esclavitud como la trata de negros es mantenida “conformément aux lois et règlements antérieurs à 1789” (Blancpain 2008: 74).

27 Algunos historiadores, entre ellos Jean Price-Mars (1953, I: 40-41) y Pedro Mir (1973: 172), estiman que la inacción de Dessalines en ese momento fue una equivocación, ya que la rendición de las tropas francesas, en cualquier caso escasas e inoperantes, podía muy bien ser considerada válida para toda la isla. Cuando Dessalines declare la independencia de Haití, lo hará para la “Isla de Haití”; y en la primera constitución (imperial), de 1805, se dice en el primer artículo: “Le peuple habitant l’île ci-devant appelée Saint-Domingue, convient ici de se former en État libre, souverain et indépendant de toute autre puissance de l’univers, sous le nom d’Empire d’Haïti”, con la precisión (en el artículo 18) de que son “parties integrantes de l’Empire”, entre otras “islas”, la de Samaná (Janvier 1886: 31, 32). Otra equivocación de Dessalines resultó de lo que Price-Mars llama una “stupéfiante incompréhension” (Price-Mars 1953, I: 41): cuando en octubre de 1804 Santiago de los Caballeros se rebeló contra las tropas francesas enarbolando la bandera haitiana, Dessalines exigió a los vecinos la suma de un millón de pesos españoles, supuestamente por daños de guerra, por lo que los mismos vecinos desistieron rápidamente de su deseo de integración al nuevo Estado independiente (Cassá 1987: 159).

europeo” (Rodríguez Demorizi 1955a: 105). Ferrand no debió sobrevivir por mucho tiempo a los efectos desastrosos y traumáticos de la invasión de Dessalines. Terminó la “Era de Francia” pocos años después por obra de la “Reconquista”, o sea, la reincorporación a la Monarquía española, ideada y materializada por el grupo hatero en torno a Juan Sánchez Ramírez, grupo conservador y colonialista, inspirado en el patriotismo de la Guerra de la Independencia, que se libraba en la Península contra las tropas napoleónicas.²⁸ En julio de 1809 se efectuó la capitulación de las tropas francesas –rendición que sería ratificada en 1814 por el Tratado de París– y se inició la época denominada la “España Boba”, por el poco interés que demostraba la metrópoli en su posesión recobrada.

Como se desprende de un “Informe” presentado en 1812 al Ayuntamiento de la capital, la parte española de la isla, cuya población se había reducido a unas 80.000 personas, se encontraba en un estado de completa miseria, “en peor estado que al tiempo de su ocupación por nuestros abuelos, porque todo o casi todo debe levantarse de nuevo” (Rodríguez Demorizi 1955a: 165). Los gobernadores mandados por el gobierno español, ineptos y carentes del apoyo metropolitano, hicieron muy poco para levantar la economía, de modo que el entusiasmo inicial por parte de la oligarquía colonial iba menguando poco a poco. Una hostilidad patente reinaba entre la gente de color: tanto entre los esclavos, que (en 1808) eran unos 18.000, como entre los libertos, que entre mulatos (50.000) y negros (2.000) representaban alrededor del 65% de la población (Cordero Michel 2008: 2) y que se vieron frustrados por la poca o nula consideración que la tan celebrada Constitución de Cádiz prestaba a su anhelo de libertad e igualdad, negándoles a los españoles “que por cualquiera línea son habidos y reputados por originarios del África” el derecho constitucional de considerarse “ciudadanos”, mientras que a los esclavos no les era ni siquiera concedida la condición de “españoles”.²⁹ Hacia 1820, el debate acerca de los

28 Participó en la revuelta contra los franceses un poderoso cultivador de café y comerciante de Ázua, Ciriaco Ramírez, que resultó ser apartado por Sánchez Ramírez. Según el historiador Cordero Michel (2008), su iniciativa, que contaba con la ayuda de los haitianos, representaba el “primer intento independentista dominicano”.

29 Cap. IV “De los ciudadanos españoles” (Art. 22) y Cap. II “De los españoles” (Art. 5) (Fernández García 2002: 96, 90).

derechos de ciudadanía debe haber estado a la orden del día para que el gobernador, que en aquel momento era Sebastián Kindelán, publicara, en junio de ese año, un aviso a los “Fidelísimos naturales y habitantes de La Española”, comentando y defendiendo por extenso las disposiciones de la Carta Constitucional referente a la “diferencia entre blancos, pardos y morenos, entre libres y esclavos”. Alababa los beneficios de la Constitución “para todos en común”; pero, continuó, “no por esto deja el esclavo de serlo, ni el hombre de color se pone de repente al nivel del ciudadano blanco” (Franco 1984: 125, 128).³⁰

En mayo de 1821, Kindelán –encubriendo o ignorando la situación reinante en la colonia– informó a la metrópoli:

En resumen: la capital, los pueblos interiores, toda la parte española goza de tranquilidad: sus sentimientos de amor al suelo patrio, fidelidad al Rey, y adhesión al sistema constitucional, son intachables, y la más enconada rivalidad no será capaz de encontrar una sombra que los empañe y oscuresca (Mejía Ricart 2007: 138).

La realidad era otra: desde hacía meses, tanto en los pueblos fronterizos como en la Línea Norte y el Cibao se había generalizado un movimiento popular que anhelaba, en parte alentado por agentes haitianos, la incorporación a la República de Haití.³¹ El Cibao, con Santiago de los Caballeros como centro del movimiento, se había convertido, desde hacía tiempo, en la región más dinámica de la colonia: la de mayor densidad demográfica, con una población que comprendía tanto medianos y pequeños propietarios como artesanos, comerciantes y una numerosa mano de obra libre, y la que, gracias al comercio fronterizo floreciente, se estaba convirtiendo en una pequeña burguesía campesina y comercial, económicamente mucho más potente que la vieja oligarquía de la banda del Sur (Bosch 1986: 211ss.). A finales de noviembre se supo en la capital que las principales ciudades del Norte se habían sumado al movimiento, habiendo votado los Cabildos por la

30 El motivo para la proclamación del gobernador Kindelán fue el juramento de la Constitución por parte de Fernando VII, efectuada tres meses antes a consecuencia del alzamiento de Rafael del Riego (después de haber decretado su abolición, al volver, en 1814, del exilio e instaurar un gobierno absolutista).

31 Habían ocurrido ya antes conatos revolucionarios aislados, antiesclavistas, que se pronunciaban en favor de la incorporación de Santo Domingo, acaso como Estado Libre, a Haití, entre ellos como la conspiración más conocida la de agosto de 1812, en la que coincidían tanto esclavos como libertos y que fue delatada antes de realizarse (García 1982, II: 39ss.).

adhesión a la República vecina y enarbolado la bandera haitiana.³² Sin demora y para prevenir una reacción por parte de los haitianos, José Núñez de Cáceres, personaje de peso dentro del ámbito colonial, proclamó el 1 de diciembre el “Estado Independiente de Haití Español”, en confederación con la Gran Colombia.³³ La que se suele llamar la “Independencia Efímera”, carente del más mínimo apoyo popular y consentida en un clima de completa indiferencia, duró tan sólo unas semanas y no pudo impedir que se efectuara lo que –siempre según el punto de vista– se vino a llamar la *ocupación* del Santo Domingo español o su *(re)unificación* con la República de Haití.

Para Jean-Pierre Boyer, el momento era oportuno para reanudar el camino emprendido por Toussaint hacía dos décadas. Desde 1818 sucesor de Alexandre Pétion en la República del Sur, había logrado incorporar el Reino del Norte a la República después de la muerte de Christophe, acaecida en octubre de 1820, y estaba necesitado de tierras desocupadas para recompensar a los antiguos combatientes. Además, cundía la noticia de que Francia, que seguía denegando a los haitianos el reconocimiento de su independencia, estaría preparando una nueva invasión desde Martinica, donde efectivamente se concentraba una escuadra considerable. El 9 de febrero de 1822, Boyer entró en la ciudad de Santo Domingo, después de haber recibido en su camino, como concuerdan los testimonios coetáneos, profusas demostraciones de consentimiento y afecto.³⁴ Una de las primeras disposi-

32 Los documentos correspondientes, dirigidos de manera formal al gobierno haitiano, fueron publicados por Price-Mars (1953, I: 81ss.). No obstante, su autenticidad fue negada por parte de la historiografía dominicana tradicional; véase “El impacto de la obra de Price-Mars en República Dominicana”, de Franklin Franco Pichardo (2003: 101ss.).

33 Núñez de Cáceres había sabido ganar a Pablo Alí, mulato de origen haitiano y jefe del destacado Batallón de Pardos y Morenos, prometiendo la abolición de la esclavitud. Pero no cumplió, decretando en el “Acta Constitutiva del Gobierno Provisional” tan sólo que “los derechos del hombre en sociedad” son garantizados para los “ciudadanos”, siendo “ciudadanos del Estado independiente de la parte Española de Haití todos los hombres libres de cualquier color y religión” (Mejía Ricart 2007: 210). Además, Núñez de Cáceres no había iniciado anteriormente ninguna concertación con Bolívar, el cual supo sólo en febrero de 1822 que Santo Domingo se había unido a la Confederación. Núñez de Cáceres quedó tan resentido con la supuesta desafección de Bolívar, que más tarde, estando exiliado en Venezuela, conspiró contra él hasta que Bolívar lo desterró del país.

34 Este hecho es corroborado por los mismos enemigos de Boyer, cuando el 16 de enero de 1844 presentan su “Manifestación de los pueblos de la parte del este de

ciones, ya de rigor, era la abolición de la esclavitud, la cual afectaba en ese momento ya tan sólo a unas 8.000 personas, siendo no obstante algo así como un acto fundacional de la unión consensual entre las dos partes, alabado en unas coplas de la época que rezan así

Dios se lo pague
a papá Boyé
que nos dió gratis
la liberté (Rodríguez Demorizi 1973: 53).³⁵

Las medidas político-administrativas y económico-sociales que debían determinar la integración del territorio oriental al Estado haitiano y fomentar su desarrollo económico, coincidían, en lo esencial, con las de Toussaint, excepto en lo referente a la Iglesia y a los emigrados, que se vieron afectados de modo mucho más radical por las medidas confiscatorias. Otras disposiciones, consideradas como consustanciales para la defensa del territorio contra una posible invasión, estaban encaminadas hacia la formación de una fuerza militar nativa, iniciativa que debía resultar una empresa arriesgada ya que en ella irían aprendiendo el oficio de las armas aquellos que –como Pedro Santana, los hermanos Puello y el mismo Juan Pablo Duarte, siendo altos oficiales de ese cuerpo militar– armarían guerra para la separación.

El momento propicio para el acto de separación se presentó en 1843, cuando en la parte occidental, la cual estaba sumergida en una profunda crisis económica y política, el movimiento de La Reforma, dirigido contra el régimen autocrático de Boyer, provocó la caída del gobierno. Con las elites divididas en una violenta lucha de castas y las masas campesinas del Sur alzadas, la represión del movimiento independentista en el Oriente resultó en una guerra altamente impopular

la isla antes Española o de Santo Domingo, sobre las causas de su separación de la República haitiana”, un verdadero memorial de agravios, donde no obstante se certifica para febrero de 1822: “Ningún dominicano le [Boyer] recibió entonces, sin dar muestras del deseo de simpatizar con sus nuevos conciudadanos: la parte más sencilla de los pueblos que iba ocupando, saliéndole al encuentro, pensó encontrar en el que acababa de recibir en el Norte el título de pacificador, la protección que tan hipócritamente había prometido” (Rodríguez Demorizi 1944: 8).

- 35 Otras de las coplas que se han conservado de uno o varios poemas relacionados con el estribillo citado, rezan como sigue: “So mercé no dice/ que yo soy fea?/ pué yo me bá,/ y buque otra negra/ pa trabajá.// Dice mi señora/ que me vá a bendé,/ a Doña Ana Ponce/ que pringa con mié.// Levántate negra/ a hacé café,/ levántese uté/ que estos no son los tiempos/ de su mercé” (Rodríguez Demorizi 1973: 52-53).

por el lado haitiano y una rápida victoria por parte de la coalición de fuerzas liberales y conservadoras, que el 22 de febrero de 1844 proclamó la independencia de la República Dominicana. Al ser descartadas las fuerzas liberales, la independencia debía resultar precaria, siendo amenazada, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo, por iniciativas anexionistas o de protectorado.³⁶ La separación de Haití, en cambio, debía ser definitiva, y definitivamente frustrado quedó el proyecto de la isla *une et indivisible*.

Si se indagan los motivos de la separación y con ello las causas del fracaso de la unión, se puede hacer el balance que sigue. Las disposiciones de Boyer (como ya las de Toussaint) provocaron un desarrollo económico sin precedentes³⁷ y con ello un fortalecimiento tanto del campesinado como de la pequeña burguesía. Pero construir —o inventar— una nación implica algo más que el bienestar (relativo) de los ciudadanos. Antes de hacerse efectiva la entrega del Santo Domingo español a Francia, el general Kerverseau, en una carta al ministro francés de la Marina y de las Colonias, dio ese consejo para la gobernación de las dos partes:

Lejos de colocarlas jamás bajo de la autoridad de un mismo Gobernador y de unir las por la identidad del gobierno, creo al contrario que debe proponerse conservar de tal modo a cada una su fisonomía natural y los rasgos que las caracterizan, que continúen en formar dos colonias esencialmente distintas por su cultura, por sus costumbres, y por su método de administración (Rodríguez Demorizi 1955b: 234).³⁸

Y en su *Rapport* al mismo destinatario, redactado poco después de la toma de posesión efectuada por Toussaint, insistió diciendo: “Il est plus facile de tuer un homme, que de changer son cœur [...]” (Kerver-

36 Para completar el panorama político al respecto: en abril de 1860 Pedro Santana solicitó la anexión a España, la cual fue proclamada en marzo de 1861; en agosto de 1863 comenzó la Guerra de la Restauración, la cual terminó en julio de 1865 con el reembarco de las últimas tropas españolas y la República Dominicana nuevamente independiente; en noviembre de 1869 Buenaventura Báez llegó a un acuerdo con Ulises Grant para un tratado de anexión a Estados Unidos, el cual fue rechazado, después de largos debates, por el Senado estadounidense en julio de 1871. Para una vista panorámica ver Moya Pons (1984: 337-358, 374-376.)

37 Véanse las informaciones detalladas acerca de los impresionantes cultivos que para cada común da el historiador García (1982, II: 167ss.).

38 Al final del documento se dice: “Es copia del documento general escrito en francés y reducido al castellano. Caracas, 30 de abril de 1801” (Rodríguez Demorizi 1955b: 240).

seau 1939, 6: 224). ¿Habrà sido, entonces, la incompatibilidad de una supuesta *identidad* cultural y la conciencia de una *nacionalidad* dominicana específica lo que llevó a la separación?

El proyecto de una isla unida nació y se realizó a raíz y al calor de la Revolución francesa, resguardando en ese momento Haití los derechos que habían logrado las clases populares en la parte antes española. Existían, por cierto, entre los campesinos de las dos partes diferencias culturales, particularmente relativas al idioma y a las prácticas religiosas; pero la convivencia diaria, ante todo en las regiones fronterizas, puede haber dado paso ya a aquella cultura popular transfronteriza que hoy distingue la *frontera* como *zona de contacto* entre los dos países. Para la gente de color el campesino de la *otra parte*, con el cual compartía la misma pobreza, no era el enemigo del que tenía que guardarse. Se sospechaba, en cambio, del blanco, que en un pasado reciente había dado pruebas suficientes de lo que era capaz, siempre dispuesto a rescindir el pacto antiesclavista y anticolonial, que para ellos era el fundamento de la unión. De ahí que en un principio, el movimiento independentista de la sociedad secreta *La Trinitaria*, cuyos miembros procedían de familias hispanas, levantara sospechas y temores de ser una iniciativa racista,³⁹ y que la primera resolución legislativa del Estado independiente fuera dada justamente para confirmar, frente a esos temores, la abolición de la esclavitud.⁴⁰

Para las elites, el acomodarse a la nueva situación era, por cierto, más difícil. Para aquellos que emigraron, el motivo decisivo puede

39 Para la composición de *La Trinitaria* y las sospechas de los contemporáneos véase García Lluberes (1951: 41-43).

40 Ya en la “Manifestación” sobre las causas de la separación, de enero de 1844, se pone de relieve, antes de toda otra determinación, que el Estado independiente garantizará “la libertad de los ciudadanos aboliendo para siempre la esclavitud; la igualdad de los derechos civiles y políticos, sin atender a las distinciones de origen ni de nacimiento” (Rodríguez Demorizi 1944: 14). El historiador haitiano Thomas Madiou, quien inserta en su relación de los eventos de la separación una versión francesa de la “Manifestación”, acompaña el párrafo relativo a la abolición de la esclavitud con esa nota a pie de página: “Pourquoi parler de l’abolition de l’esclavage qui avait cessé d’exister dès l’entrée de l’armée haïtienne à Saint-Domingue en février 1822? Les Dominicains [...] ont-ils craint, s’ils ne consacraient pas l’abolition de l’esclavage, que les Haïtiens ne répandissent le bruit que le nouvel Etat voulait réasservir les anciens esclaves; ce qui eut suscité parmi eux la guerre de couleur que nous appelons guerre de castes?” (Madiou 1991, VIII: 113).

haber sido lo que Núñez de Cáceres expuso ante Boyer luego de la entrega de las llaves de la capital: el supuesto de que era imposible la “transmutación” de “diferentes pueblos en uno” cuando por razones culturales hay “ya un muro de separación tan natural como invencible; como puede serlo la interposición material de los Alpes y de los Pirineos” (Vallejo de Paredes 1981: 10). Para muchos de los que se quedaron, ese “muro de separación” no debía haber sido tan alto e insuperable como para no colaborar con el nuevo régimen; y así, se incorporaron a la administración muchos elementos tanto de la antigua oligarquía colonial como de la emergente clase media urbana. Debió haberles dolido el cierre de la Universidad en 1823; era inadmisibile, empero, la prohibición del español y la instauración del francés como lengua oficial única, decretada un año después, disposición que pronto debió haber resultado contraproducente o impertinente, ya que fue revocada, admitiendo y avalándose en adelante la realidad bilingüe del Estado.

Boyer pensaba, sin duda, efectuar la unión o “transmutación” de las dos partes a través de un proceso de asimilación de la *ci-devant partie espagnole* a la sociedad haitiana, pero resultaba estar dispuesto a transigir cuando le pareciera oportuno. Se mantenía intransigente, por contra, respecto a los altos gravámenes impuestos para amortizar la deuda contraída con Francia a cambio del reconocimiento de la independencia de Haití, contribución que se cobró “a título de don patriótico” (García 1982, II: 126) también en la parte antes española, y que fue rechazada por ser considerada asunto privativo de la parte antes francesa. Las protestas estaban bien fundadas, ya que el decreto correspondiente de Charles X designaba como deudores “les habitants actuels de la partie française de Saint-Domingue” y como destinatarios “les anciens colons [français] qui réclameront une indemnité” (Yacou 2007a: 670).⁴¹ Pero ante la suma exorbitante de 150 millones de francos, pagaderos en cinco años, Boyer se vio apremiado a recu-

41 El decreto de Charles X, del 17 de abril de 1825, estaba dirigido a la “partie française de Saint-Domingue” desentendiéndose deliberadamente del hecho de que ya existía el Estado independiente de Haití. De ahí que para el gobierno haitiano el reconocimiento tan anhelado, por parte del gobierno francés, fuera tan oneroso no sólo por la indemnización requerida sino también por el hecho de que Francia concedía “l’indépendance pleine et entière de [son] gouvernement” a un pueblo que había conseguido esa misma independencia por su propio empeño.

rrir también a los habitantes del Santo Domingo antes español, lo que éstos no le perdonaron.

La imposición del “don patriótico” fue *uno* de los errores de Boyer, causante del desengaño creciente entre los que se habían beneficiado de su política económica y social. Otro error fue el de no haber sellado la unión elaborando una nueva Constitución (como lo hiciera Toussaint), conforme a la nueva realidad y atenta a la condición de los nuevos ciudadanos, que debían sentirse discriminados por la Constitución vigente, la cual databa de 1816 y continuaba en la línea del exclusivismo *negrista* instaurado por Dessalines. Ciertamente que la Constitución de 1816, promulgada por Pétion, suprimía aquel artículo de la imperial de 1805, que para todo haitiano disponía “la dénomination générique de noirs”,⁴² conservaba, no obstante, la disposición de que ningún blanco “quelle que soit sa nation, ne pourra mettre les pieds sur ce territoire, à titre de maître ou de propriétaire”.⁴³ Cuando en 1843, a raíz del movimiento de La Reforma, se procedió a la elaboración de una nueva Constitución, los representantes del Este –entre ellos Buenaventura Báez, quien después de 1844 y hasta finales de los setenta debía ocupar en cinco períodos la presidencia de la República– reclamaron con insistencia la derogación del artículo incriminado, pero no tuvieron éxito. Reaparece, bajo el título “Des Haïtiens et de leurs droits”, en los artículos 7 y 8: “Tout Africain ou Indien, et leurs descendants sont habiles à devenir Haïtiens. [...] Aucun blanc ne pourra acquérir la qualité d’Haïtien ni le droit de posséder aucun immeuble en Haïti” (Moïse 1988: 278).⁴⁴ Para Dessalines, “noirs” como designación de *todos* los haitianos, correspondía a una categoría política, la cual debía borrar la diferenciación entre negros y mulatos; y el ser “blanc” devendría sinónimo de ser “étranger”. En cambio, para los habitantes de la parte oriental las disposiciones de la Constitución implicaban un exclusivismo *negrista* que era al mismo tiempo una

42 Art. 14 de la Constitución imperial de 1805 (Janvier 1886: 32).

43 Art. 38 de la Constitución de 1816 (Janvier 1886: 116). Este artículo, que reproduce casi textualmente el artículo 12 de la Constitución imperial de 1805, se encuentra también en la de 1806, promulgada por la Asamblea Constituyente a raíz de la muerte de Dessalines, pero no aparece en las dos Constituciones promulgadas por Christophe. Será abrogado definitivamente tan sólo por la Constitución promulgada en 1918 a consecuencia de la ocupación militar norteamericana.

44 Para los debates acerca de la condición del “haitiano” y de sus derechos, ver Madiou (1991, VIII: 39ss.; para la intervención de Báez, ver 39 y 81).

discriminación y un insulto de quienes, aun siendo de hecho haitianos, se consideraban blancos y descendientes de españoles.

Boyer, anunciando a Núñez de Cáceres su llegada, había delineado el proyecto de una nación *une et indivisible* a través de la “fusion de tous les cœurs en un seul et même tout” (Madiou 1988, VI: 280).⁴⁵ Su proyecto debía naufragar, pero el ensayo de esa *nación* debía impulsar a los habitantes del Este para desenvolver una conciencia más aguda de las diferencias, de su alteridad. Esa conciencia tardaría en manifestarse a través del sentimiento de una identidad o nacionalidad propiamente dominicana; como prueba de ello basta citar la “Canción dominicana”, compuesta por Félix María del Monte el día después de la Declaración de la Independencia, canción divulgada como primer himno nacional, cuyo ímpetu patriótico estaba condensado en el verso “¡Al arma, españoles!”.⁴⁶ El ser o considerarse españoles implicaba, ante todo, ser blanco; y a partir de la independencia definitiva en 1865 la comprobación de su *blancura* alcanzó, para los dominicanos, aún mayor trascendencia ante el interés de los Estados Unidos en la media isla, que supeditaban su compromiso y la opción de una posible anexión a la constitución racial de los habitantes, mandando varios comisionados para investigar el caso.⁴⁷

Napoleón, para conservar su poder en la isla, se había propuesto no la unión, sino la desunión de las dos partes; según él, “[o]n ne saurait trop s’attacher au principe qu’établir une différence de mœurs et même une antipathie locale, c’est conserver l’influence de la métropole dans cette colonie” (Roussier 1937: 272). Esa “antipatía” debía materializarse, en el transcurso del tiempo, por parte de los dominicanos en el *antihaitianismo* como expresión de un nacionalismo agresivo, fomentado por las élites y responsable de que tanto la acción de Toussaint como la de Boyer se convirtieran, a través de una manipulación de la memoria colectiva, en una experiencia traumática, como si dijéramos, un “trauma transgeneracional” (Fischer 2004: 137). Sin

45 En esa misma carta Boyer confirma el punto de vista haitiano de la isla *une et indivisible*, recurriendo a la Constitución vigente (Madiou 1988, VI: 277).

46 El epíteto de “españoles” fue sustituido más tarde por el de “patriotas”. Para una discusión más detallada de ese contexto véase Gewecke (1996: 69ss.) (la cita de Del Monte se encuentra en la página 70).

47 Véase al respecto el interesante análisis de los informes que dieron los comisionados encargados para tal misión por el gobierno norteamericano en Candelario (2007: 44ss.).

embargo, para las clases populares el mentado *antihaitianismo* encerraba algo más inmediato: aseverar el ser blanco era para el campesino dominicano más contundente en contraposición al haitiano; de ahí que éste devino sinónimo de “negro”. Y si alguien le señalaba a ese mismo sujeto su color, tal vez no muy distinto del de su vecino, ése podía muy bien decir: “sí, soy negro, pero negro blanco” (Welles 1986, I: 108).

Bibliografía

- Bénot, Yves (1988): *La révolution française et la fin des colonies*. Paris: La Découverte.
- Blackburn, Robin (1988): *The Overthrow of Colonial Slavery 1776-1848*. London/New York: Verso.
- Blancpain, François (2008): “Les abolitions de l’esclavage dans les colonies françaises (1793-1794 et 1848)”. En: Hoffmann, Léon-François/Gewecke, Frauke/Fleischmann, Ulrich (eds.): *Haïti 1804 – Lumières et ténèbres. Impact et résonances d’une révolution*. Madrid: Iberoamericana /Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 63-83.
- Bosch, Juan (¹⁵1986): *Composición social dominicana. Historia e interpretación*. Santo Domingo: Alfa y Omega.
- Candelario, Ginetta E. B. (2007): *Black behind the Ears. Dominican Racial Identity from Museums to Beauty Shops*. Durham/London: Duke University Press.
- Carrera Montero, Fernando (2004): Las complejas relaciones de España con La Española: El Caribe hispano frente a Santo Domingo y Saint Domingue 1789-1803. Santo Domingo: Fundación García Arévalo.
- Cassá, Roberto (1987): *Historia social y económica de la República Dominicana*. Vol. 1. Santo Domingo: Alfa y Omega.
- Cauna, Jacques de (ed.) (2004): *Toussaint Louverture et l’indépendance d’Haïti. Témoignages pour un bicentenaire*. Paris: Karthala/Société française d’histoire d’Outre-mer.
- Cordero Michel, Emilio (2007a): “Toussaint en Saint-Domingue espagnol”. En: Yacou, Alain (ed.): *Saint-Domingue espagnol et la révolution nègre d’Haïti. Commémoration du Bicentenaire de la naissance de l’État d’Haïti (1804-2004)*. Paris: Karthala, pp. 251-257.
- (2007b): “Proyecciones de las Revoluciones Francesa y Haitiana en la sociedad dominicana” (Ponencia presentada en el *Seminario La Era de Francia en Santo Domingo*, celebrado por la Academia Dominicana de la Historia, el 1º de diciembre de 2007, manuscrito).
- (2008): “El primer intento independentista dominicano y la Reincorporación a España, 1808-1809” (Ponencia presentada en el *Coloquio Internacional Repensar la Independencia desde el Caribe en el Bicentenario de la Revolución Espa-*

- ñola, 1808-2008*, celebrado en Santo Domingo, República Dominicana, del 6 al 9 de octubre de 2008, manuscrito).
- Deive, Carlos Esteban (1980): *La esclavitud del negro en Santo Domingo (1492-1844)*. 2 vols. Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano.
- (1984): *Los refugiados franceses en Santo Domingo (1789-1801)*. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- Deutsch, Karl W. (1969): *Nationalism and its Alternatives*. New York: Knopf.
- Fernández García, Antonio (ed.) (2002): *La Constitución de Cádiz (1812) y Discurso Preliminar a la Constitución*. Madrid: Castalia.
- Fischer, Sibylle (2004): *Modernity Disavowed. Haiti and the Cultures of Slavery in the Age of Revolution*. Durham/London: Duke University Press.
- Franco, Franklyn J. (1984): *Los negros, los mulatos y la Nación dominicana*. Santo Domingo: Nacional.
- Franco Pichardo, Franklin (2003): *Sobre racismo y antihaitianismo (y otros ensayos)*. Santo Domingo: Sociedad Editorial Dominicana.
- García, José Gabriel ([1867] 1982): *Compendio de la Historia de Santo Domingo*. 4 vols. Santo Domingo: Central de Libros.
- García Lluberes, Alcides (1951): “Duarte, Ravelo y la Bandera Dominicana”. En: *Clío*, XIX, 89, pp. 37-44.
- Gewecke, Frauke (1996): *Der Wille zur Nation. Nationsbildung und Entwürfe nationaler Identität in der Dominikanischen Republik*. Frankfurt am Main: Vervuert.
- Godechot, Jacques (ed.) (1970): *Les Constitutions de la France depuis 1789*. Paris: Garnier-Flammarion.
- [Godoy, Manuel de] Príncipe de la Paz (1956): *Memorias*. 2 vols. Madrid: Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 88 y 89).
- Guzmán, Daysi Josefina (1974): “Raza y lenguaje en el Cibao”. En: *eme eme. Estudios dominicanos*, II, 11, pp. 3-45.
- Heredia, Aida L. (2003): *La representación del haitiano en las letras dominicanas*. University: University of Mississippi.
- Incháustegui, J. Marino (ed.) (1957): *Documentos para Estudio. Marco de la época y problemas del tratado de Basilea de 1795, en la parte española de Santo Domingo*. 2 vols. Buenos Aires: s.n.
- Janvier, Louis Joseph (1886): *Les Constitutions d’Haïti (1801-1885)*. Paris: C. Marpon/E. Flammarion.
- Kerverseau, Général ([1801] 1938-1939): “Rapport sur la partie Espagnole de St. Domingue depuis sa cession á la République française par le traité de Bale, jusqu’à son invasion par Toussaint Louverture”. En: *Boletín del Archivo General de la Nación*, I, 2-4, pp. 177-189, 313-324, 416-423; II, 5-6, pp. 96-107, 206-225.
- Lacroix, Général Pamphile de ([1819] 1995): *La Révolution de Haïti*. Edición, presentación y notas de Pierre Pluchon. Paris: Karthala.
- Larrazábal Blanco, Carlos (1975): *Los negros y la esclavitud en Santo Domingo*. Santo Domingo: Postigo.
- Las Cases, Emmanuel de (1961): *Mémorial de Sainte-Hélène*. Paris: Garnier.

- Madiou, Thomas ([1847-1848] 1987-1991): *Histoire d'Haïti*. 8 vols. Port-au-Prince: Henri Deschamps.
- Malagón Barceló, Javier (1974): *El Código Negro Carolino y Código Negro Español (Santo Domingo, 1784)*. Santo Domingo: Taller.
- Mejía Ricart, Gustavo Adolfo ([1938] 2007): *Crítica de nuestra historia moderna. Primer período del Estado libre en la Parte Española de la Isla de Santo Domingo*. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos.
- Menéndez Pelayo, Marcelino ([1911] 1948): *Historia de la poesía hispano-americana*. Vol. 1. Santander: Aldus (Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo, 27).
- Mir, Pedro (1973): "Acerca de las tentativas históricas de unificación de la Isla de Santo Domingo". En: Pierre-Charles, Gérard et al.: *Problemas dominico-haitianos y del Caribe*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 145-178.
- Moïse, Claude (1988): *Constitutions et luttes de pouvoir en Haïti (1804-1987)*. Vol. I: *La faillite des classes dirigeantes (1804-1915)*. Montreal: Du CIDIHCA.
- (2001): *Le Projet national de Toussaint Louverture et la Constitution de 1801*. Port-au-Prince: Les Éditions Mémoire.
- Monte y Tejada, Antonio del (³1952-1953): *Historia de Santo Domingo*. 3 vols. Ciudad Trujillo: Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes.
- Moreau de Saint-Méry, M[édéric] L[ouis] É[lie] (1796): *Description topographique et politique de la partie espagnole de l'isle Saint-Domingue*. 2 vols. Filadelfia: el autor.
- (1797-1798): *Description topographique, physique, civile, politique et historique de la partie française de l'isle Saint-Domingue*. 2 vols. Filadelfia: el autor.
- Moya Pons, Frank (⁸1984): *Manual de historia dominicana*. Santiago: Universidad Católica Madre y Maestra.
- Price-Mars, Jean (1953): *La République d'Haïti et la République Dominicaine. Les aspects divers d'un problème d'histoire, de géographie et d'ethnologie*. 2 vols. Port-au-Prince (Collection du Tricinquantiennaire de l'Indépendance d'Haïti).
- Rodríguez Demorizi, Emilio (ed.) (1944): *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Vol. I. Ciudad Trujillo: Montalvo.
- (ed.) (1955a): *Invasiones Haitianas de 1801, 1805 y 1822*. Ciudad Trujillo: Del Caribe.
- (ed.) (1955b): *La Era de Francia en Santo Domingo. Contribución a su estudio*. Ciudad Trujillo: Del Caribe.
- (ed.) (1958): *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García, Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros, 1795-1802*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana.
- (²1973): *Poesía popular dominicana*. Santo Domingo: Universidad Católica Madre y Maestra.
- Roussier, Paul (ed.) (1937): *Lettres du Général Leclerc, commandant en chef de l'armée de Saint-Domingue en 1802*. Paris: Société de l'Histoire des Colonies Françaises/Librairie Ernest Leroux.

- Sagás, Ernesto (2000): *Race and Politics in the Dominican Republic*. Gainesville: University Press of Florida.
- Sánchez Valverde, Antonio (1988): *Ensayos*. Santo Domingo: Fundación Corripio.
- Silié, Rubén (1976): *Economía, esclavitud y población. Ensayos de interpretación histórica del Santo Domingo español en el siglo XVIII*. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Théodat, Jean-Marie (2003): *Haïti – République Dominicaine. Une île pour deux. 1804-1916*. Paris: Karthala.
- Vallejo de Paredes, Margarita (ed.) (1981): *Antología literaria dominicana*. Vol. I. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo.
- Vicioso, Abelardo (1983): *El freno hatero en la literatura dominicana*. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Welles, Sumner (1986): *La Viña de Naboth (Naboth's Vineyard). La República Dominicana 1844-1924*. 2 vols. Trad. de Manfredo A. Moore. Santo Domingo: Taller.
- Yacou, Alain (ed.) (2007a): *Saint-Domingue espagnol et la révolution nègre d'Haïti. Commémoration du Bicentenaire de la naissance de l'État d'Haïti (1804-2004)*. Paris: Karthala.
- (2007b): “La stratégie espagnole d'éradication de Saint-Domingue français par destruction”. En: Yacou, Alain (ed.): *Saint-Domingue espagnol et la révolution nègre d'Haïti. Commémoration du Bicentenaire de la naissance de l'État d'Haïti (1804-2004)*. Paris: Karthala. pp. 177-186.